

Vladimiro Rivas Iturralde,
DESCIFRAMIENTOS Y COMPLICIDADES
México, Universidad Autónoma Metropolitana
1991, 215 pp.

Se trata de “un libro muy personal”, según su autor, pues los artículos que lo componen pueden ser tomados como confesiones, aunque centradas en una preocupación constante: “la búsqueda de una relación entre literatura, ética y política”.

Por la temática abordada, el artículo más actual, y el que intenta contribuir a un debate, es el que abre el libro, titulado “Reflexiones sobre la novela ecuatoriana contemporánea”, pero no presenta una lectura nueva para la comprensión de los textos analizados, aunque intenta ofrecer una panorámica del desarrollo de la novela ecuatoriana de los últimos años. Más bien descriptivo, a veces el crítico no puede controlar su subjetividad y sus prejuicios al entregar normas o recetas que debieron haber seguido ciertos autores para que sus novelas sean mejor de lo que son, como lo hace con la obra de dos guayaquileños.

Algunos de los otros artículos ofrecen esa interesante visión personal que Rivas hace de la lectura: “El perfume de las palabras” es un ejercicio muy creativo que diferencia las palabras feas de las bonitas; “La guillotina, la música, el verdugo” es una lectura agradable de las paradojas de la historia de la guillotina; “Cortázar y la fotografía” es el ejemplo vivo de cómo las lecturas (o las relecturas) provocan reflexiones; y “Dostoyevski: del chisme al carnaval” es el reencuentro de la obra del autor ruso a la luz de las teorías de Mijaíl Bajtín.

Fernando Balseca

Enrique Ayala Mora,
RESUMEN DE HISTORIA DEL ECUADOR
Quito, Corporación Editora Nacional
1993, 159 pp.

“Escribir Historia es siempre un desafío”; así empieza Enrique Ayala Mora su *Resumen de historia del Ecuador*, que aparece como primer volumen de la nueva colección ‘Biblioteca General de Cultura’, que publica la Corporación Editora Nacional, bajo el auspicio de la Fundación Hernán Malo. El autor del *Resumen* está absolutamente consciente del verdadero “desafío” que supone comprimir, en 150 páginas, cerca de 12.000 años de nuestra historia, por “la necesidad de ofrecer una breve visión global de la vida de lo que llegó a ser Ecuador, nuestro país”.

Pero se hace indispensable comprender que este desafío no se refiere únicamente al aspecto formal sino a las intenciones de un historiador de reconocido prestigio como

Enrique Ayala; el desafío del que se habla es el hallazgo de instrumentos que permitan divulgar el saber manejado en los ámbitos académicos. Ayala ha escrito, con rigor y sencillez, para los estudiantes (y estudiosos) de nuestro país, superando las usuales descripciones donde la historia aparece fabricada por la genialidad, capricho e individualidad de esos seres míticos llamados héroes.

Enrique Ayala plantea un periodización rigurosa que empieza en la época aborígen y llega hasta nuestros días. La experiencia de edición de la *Nueva Historia del Ecuador* ha hecho que cada época sea analizada a partir de la realidad económico-social, para luego pasar al estudio de las cuestiones políticas, ideológicas y culturales. Pero el *Resumen* no soslaya la actitud crítica del historiador comprometido seriamente con su disciplina y con su realidad. Acostumbrados a manuales informativos con base eurocéntrica, la perspectiva que ofrece Ayala, en cambio, se fundamenta en una esperanza: que las acciones colectivas siempre han buscado superar las contradicciones y resolver las crisis.

Los indios y las mujeres en la historia

De manera que los protagonistas de nuestra historia son esas “comunidades andinas” que, persistentemente desde hace 12.000 años, han buscado dejar huellas de su existencia en los espacios altos y bajos que ahora habitamos. Por ello el *Resumen* recupera como historia —y no como “prehistoria”— la época aborígen, y establece un diálogo fecundo con los autores de la tradición; plantea el avance de las culturas indias cuando los españoles topan América; presenta la conquista sin matices líricos, como un hecho de sojuzgamiento, pero al mismo tiempo rompe con ese idílico retrato del incario como lugar de absoluta paz y tranquilidad; estudia sin ocultamiento las raíces internas que posibilitaron la pérdida del incario a partir de las hondas divisiones entre los indios.

Al resituarse el lugar de los indígenas en el proceso de escritura de la historia, el *Resumen* promueve una apasionada convicción en favor de la perspectiva histórica de nuestra gente. Como la conquista fue el intento de expulsar a los indios del escenario de la historia, el autor revisa las posiciones políticas de los indios sin olvidar que hasta comienzos del siglo XX constituyeron la mayoría de la población ecuatoriana. Este *Resumen* rescata a aquellos que fueron expulsados del poder y a quienes se negó su lugar en el discurso oficial, pero que nunca dejaron de hacer historia; todo lo contrario, se han mantenido como legítimos constructores del devenir nacional. Por esto, otra de las referencias justas del *Resumen* —que lo hace “diferente” de otras “historias”— es la constante alusión a las mujeres, quienes siempre cumplieron roles protagónicos pero que no han sido consideradas en la historiografía de la patria.

Ayala nos hace ver las contradicciones que siguieron a la etapa colonial cuando nuestro país aún no estaba en marcha, aunque ya se habían presentado ciertos rasgos de identidad; es la inserción a la escena internacional lo que nos dio consistencia. Aunque con la participación de intelectuales radicales de las capas medias, la independencia es vista como necesaria a poderosos latifundistas para quienes la burocracia española controlaba el poder político. También se da una lectura cuestionadora de la inserción del Ecuador a Colombia y, sobre todo, una visión crítica de la acción de Bolívar y su etapa conservadora.

Nueva historia, nueva sociedad

La república aparece cruzada por el problema regional. Sin duda, esta revisión panorámica nos enseña que el elemento regional —aparentemente trivial y puramente

cultural— se ha convertido en un verdadero punto nodal para entender la integración/desintegración del Ecuador como Estado nacional. Ayala sostiene que la fundación de la república no significó el establecimiento de un Estado nacional; prueba de ello fueron los períodos de inestabilidad y desarticulación por los que debimos pasar durante décadas hasta encontrar un destino que nos identificara en los ejes Quito-Guayaquil-Cuenca. Al final del siglo XIX el país halló cierta coherencia con el auge de la exportación cacaotera, cuando el capitalismo se volvió el modo de producción dominante. De allí en adelante nuestra historia está caracterizada por sucesivas crisis: del cacao, del banano, del petróleo.

El análisis de la época republicana permite ponernos al día en el entendimiento de nuestro presente, ya que el autor —con una intención totalizante— elabora un panorama que engarza la fundación del Estado, la acción garciana, el alfarismo y el liberalismo, con la irrupción de las masas y el reformismo de los últimos años del siglo XX. De esta suerte la historia ecuatoriana aparece como un continuo que se va explicando como proceso y producto de las acciones de nuestros pueblos. El *Resumen* se completa con utilísimos cuadros e información sistematizada acerca de la población, la economía, los jefes de Estado, las Constituciones, los partidos, y una cronología.

En estos años amenazados por el desencanto y el cinismo es preciso que se trabaje por la vinculación de los intelectuales con un público más amplio; el *Resumen de Historia del Ecuador* cumple a cabalidad con esta estrategia porque —como es la intención del autor— logra decir cosas sencillas, aunque no simples, en medio de la comprensión de que “se acerca no solo un nuevo siglo sino una sociedad distinta”. Enrique Ayala ha respondido ágilmente al desafío de escribir historia con este *Resumen* que pone años de investigación académica en manos de todo el mundo, para que todo ese mundo comprenda y asuma su lugar en la construcción de nuestra historia y en la edificación de esa sociedad distinta del siglo XXI.

Fernando Balseca

Santiago Páez,
¡A LA VOZ DEL CARNAVAL! ANÁLISIS SEMIÓTICO
DE LAS COPLAS DEL CARNAVAL DE CHIMBORAZO
Quito, Ediciones Abya-Yala
1992, 298 pp.

En esta última década el afán de algunos investigadores literarios, en su mayoría formados en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, se ha vertido hacia las expresiones populares. Creo que esto responde a un importante momento de nuestros estudios literarios. No han sido vanas esta coherencia y esta organicidad que obedece a una política —tácita o expresa— de reconocimiento y revaloración de nuestros procesos culturales; gracias a ella tenemos ya un corpus de estudios y de textos que permite, ciertamente, un acercamiento no solo a los fenómenos culturales de significaciones totales como las expresiones populares, sino que posibilita elaborar el perfil de nuestro país aún en construcción. Un país habla en el proceso de su formación; ese registro de las maneras de hablar, como lo demuestra este grupo de investigadores, es una de las bases indisputa-

bles para indagar acerca de lo que nos une y nos diferencia como ecuatorianos.

Santiago Páez —quien ya había dado su voz de alerta en estos temas con su *Metodología de investigación en literatura popular: una reflexión sobre la poética popular desde la antropología y la semiótica* (Quito: IADAP, 1987)— en *¡A la voz del carnaval! Análisis semiótico de las coplas del carnaval del Chimborazo* emprende nuevas direcciones en la tarea de recuperar los espacios que el imaginario popular crea incesantemente. Esta tarea de Páez está respaldada por una concepción de equipo entre los docentes del Departamento de Letras de la PUCE y, por eso mismo, un estilo que, con sus diferentes aristas, va perfeccionándose por sus dosis de creatividad y profundidad.

Fiel a esa rigurosidad que demanda una interpretación literaria, Páez deslinda una serie de aspectos teóricos, haciendo un esfuerzo por volverlos inteligibles a un público amplio. Así, revisa conceptos fundamentales como el lenguaje poético, lo popular, lo comunitario simbólico, la copla y sus variantes, el carnaval como fiesta, el amplio y complejo de la cultura, la cosmovisión, los sistemas de clasificación, los géneros, etcétera. También Paéz reconoce las deudas —y las paga con brillantez— con la tradición que en relación al estudio de lo popular se ha dado en nuestro país, desde el pionero trabajo de Juan León Mera, hasta llegar a Darío Guevara y Laura Hidalgo; ellos —aparte de Modesto Chávez Franco y Julio Pazos— son los modelos que Paéz analiza críticamente en el intento por perfeccionar el método de investigación de la expresión popular.

Una fiesta que comunica

Para ello realiza una pequeña etnografía del carnaval del Chimborazo y ensaya una interpretación de la fiesta como manifestación comunicacional, apoyado en una concepción amplia de cultura y retomando autores como Yuri Lotman o Claude Lévi-Straus. En este ámbito la manifestación concreta de la cultura se da a través de varias hablas; una de ellas es el carnaval, por medio del cual una comunidad se comunica. Paéz realiza un recorrido que se mueve entre la antropología cultural y la teoría literaria, y este es el esfuerzo que busca instituir un sistema clasificatorio de amplios cauces interpretativos, utilizando recursos como el de la entrevista no estructurada. Para Santiago Páez, se logrará una mejor comprensión del carnaval a partir del análisis de sus relaciones de asociación-disociación, entre las que destaca cuatro: hombre y mujer, individuo y sociedad, una comunidad y otras, lo sagrado y lo profano. Esto es puesto a prueba con modelos narrativos empleados por Lucien Goldman y Greimas, lo que permite “globalizar los resultados en una propuesta coherente sobre las relaciones entre sociedad, poética y cosmovisión en la realidad estudiada”.

Para Páez, “el Carnaval es entonces una especie de pivote dentro la cotidianidad profana y ese tiempo sagrado que reproduce la creación de una temporalidad también sagrada”. Bajo este entendimiento, el autor nos lleva por una serie de caminos que ilustran cómo se ha organizado la mentalidad popular. Desde el respeto antropológico a la diversidad cultural, insistirá que esas mentalidades populares tienen una capacidad creativa que debe ser explicada en medio de una valoración social y simbólica precisa. El libro de Paéz es interesante porque recupera no solamente con la escritura algo que hubiera podido perderse en el olvido, sino porque ensaya una interpretación audaz sobre la base de aquellos “útiles peldaños” sobre los que se va construyendo un método en el campo de la investigación de lo popular.

El carnaval y el poder

Aunque en el libro hace falta indagar las relaciones entre el carnaval y el poder —el carnaval como expresión “menor” de una lengua “mayor”, para decirlo en términos de Gilles Deleuze y Félix Guattari—, Santiago Páez recupera esas coplas de nuestra oralidad que hablan de un tiempo —discusión de por medio, pues para Mijail Bajtín el carnaval es un tiempo de absoluta ruptura y liberación de las jerarquías, un poner el mundo patas arriba; para Umberto Eco esto no es tal, pues él cree que el carnaval existe solo a condición de ser una transgresión autorizada que nos recuerda siempre la existencia de la regla del poder— que instaura otro pequeño poder (el del pueblo), que nos permite gozar de los placeres del deseo.

Ya vimos que *¡A la voz del carnaval!*... establecía una fecunda y seria conversación con otros autores de la tradición; también coloca bases de lo que se puede hacer en el análisis de la expresión poética popular. Así, Santiago Páez se convierte en vocero de esos otros voceros, y la voz temporal del carnaval queda, una vez más, restituida, a la espera de que los lectores aprendan de este libro para que vibren, vivan, inviertan el mundo como en esos espacios populares de los que aún tenemos mucho que aprender.

Fernando Balseca